

LA MENTE DEL PRINCIPIANTE

La inocencia y frescura que acompañaba el caminar del niño en su primera tarde en la salvaje y desconocida profundidad de una sencilla y cercana montaña nevada, invadido por el sonido de las palabras inarticuladas de su naturaleza, fue suficiente para sumergirlo en la vitalidad del ahora y sembrar en sus recuerdos ese presente que estaba viviendo como la mejor experiencia que hasta entonces había experimentado. Y, aunque el niño no fuese plenamente consciente de lo que esto supone y representa, la inocencia y frescura con la que con sus sentidos interactuaba sobre lo que percibía, le permitía al niño sentir plenamente, sin capas ni filtros, sin adulterarlo ni condicionarlo, todo lo que en él esta inédita situación creaba. Éxtasis y alegría, asombro e interés, miedo y desconfianza, rechazo y aceptación... Todo surgía y se reproducía en él de manera tan pulcra, sencilla y verdadera, tal cual debía de estar ligado a ese momento, que el niño parecía ser una diáfana personificación de la reverberación ancestral de los *echoes* de aquella especie humana que susurraba en la vigilia y los sueños de los animales y los árboles del bosque.

Su infancia, le permitía ver e interactuar con lo que a su alrededor acontecía desde la posición que el principiante presenta ante la novedad, permitiéndole así percibir con total magnitud y claridad lo que a su alrededor sucedía, sin adulterarlo ni esconderlo con el velo que deja lo ya experimentado. A su lado, con la madura máscara de la razón y lejos del agua cristalina, caminaba, condicionado, el adulto. La nieve, que en el camino ya se comenzaba a derretir y embarrar, dejaba constancia de las huellas de cuatro pisadas, mas sólo dos se hallaban caminando también por esa *verea real* que se dibuja más allá del terrenal caminar. Unas pisadas abismales que trascendían a las del adulto, el cual, con cuyas pisadas, el caminar del niño pretende guiar. Mas las suyas, corrompidas y desfiguradas ya, se hallaban caminando absortas y alejadas de la magnánima vibración y del agua cristalina que emana del latir del eterno corazón hacia el que dirige la *verea real*. De la entonación de esa vibración que se halla en la infancia y las palabras inarticuladas de la naturaleza, en sus estaciones y en los seres que la habitan, en la vida, ahí donde todo cambia y muta en un des-equilibrio naturalmente armónico, siendo vida y palabra verdadera sin justificación alguna necesaria para su existencia.